

Lo cierto es que conectar con la cultura gitana ha sido siempre enormemente difícil. Ahí están las manipulaciones que se han hecho del cante —y en este punto, sin entrar en las consabidas y también racistas polémicas de gitanófilos y gitanófobos, habría simplemente que reconocer la impregnación que las clases populares andaluzas tienen de ciertas notas originariamente gitanas—, endulzándolo, quedándose en el análisis arqueológico de sus formas, o sumergiéndolo en alcohol, para demostrar hasta qué extremo muchos son incapaces de afrontar un testimonio de la comunidad gitana. El hecho de que esa cultura haya sido largamente segregada explicaría, a su vez, la desconfianza con que desde ella se contempla a los tradicionales enemigos. Desconfianza temerosa, que a menudo se enmascara de falsa sumisión. Escuchar manifestaciones sinceras de ese mundo es, no perteneciendo a él, difícil, y hasta yo diría que nuevo. Sometidos a una constante inferiorización, la defensa contra la inseguridad resultante no puede ser otra que la íntima sobreestimación de los propios valores y cierta ocultación de su realidad ante los ojos extraños.

Ese conjunto de factores, unido a la marginación escolar padecida, explica con creces que no exista una literatura gitana. Hay, como en el caso del Romancero de García Lorca, textos escritos «desde fuera»; por mucho amor que pusiera en el empeño, él no pertenecía a esa «cultura de sangre», y fue muy honrado y muy objetivo por su parte —sin que hubiera, como algunos gitanófilos han pensado, nada de despectivo en ello— que se rebelara contra quienes le veían como gitano. Contra lo que Lorca se rebelaba —y la trivialidad de muchos seguidores de Lorca, cogidos por el pintoresquismo del Albaicín, prueba que el poeta tenía sus razo-

nes— era contra el «gitanismo», contra el cliché, y nunca contra el gitano. Escrito «desde dentro» hay bien poco. El mismo lenguaje originario —y es sintomático que con tantos estudiosos de todo como siempre ha habido nadie se interesara por ese lenguaje— se ha perdido prácticamente.

Es en este marco donde debe contemplarse el libro de versos «Penar Oconos», del granadino José Heredia Maya. Es el suyo un castellano conformado por ritmos y sonidos insólitos, como ocurre con el castellano afrocubano de Guillén. A veces, Heredia introduce algún término caló, pero lo fundamental es la sensibilidad con que el escritor moldea el castellano, se apropia de él y lo transforma.

Libro breve, poéticamente rico, serio, en el que, sin tópico alguno, sacando el dolor de la propia sangre, Heredia Maya alumbra la vieja y no vieja historia de su pueblo:

Después vino el des-  
[tierra  
hégira desde siempre  
por todos los caminos  
proscrito  
apátrida  
de todas las coronas  
acosado  
por toda la jauría  
vejado  
fustigado  
por decretos  
cincelados a punta de  
[desprecio.

¿Cómo no acordarse de los versos de Esprú y de cuantos han cantado la marginación de sus comunidades y sus culturas? Tratándose del mundo gitano español, el fenómeno es nuevo e importante. ■  
**JOSE MONLEON.**

## «Bumerán»

Aparece *Bumerán* (1) como un intento más de romper cadenas. La novela cumple con creces el requisito indispensable en esta clase de literatura de llevar un universo dentro. En-

(1) J. M. García Ramos. Taller de Ediciones. Madrid, 1974.

cierra el universo captado durante la infancia y la juventud del autor, que nos dice que su novela es, hasta cierto punto, autobiográfica, que es recordado luego, para lanzarse más tarde, a la empresa de plasmarlo literariamente; una serie de vivencias, sucesos, situaciones y conflictos que lo impresionaron o que han influido en su vida posterior, así como de personajes que ha conocido, con los que ha jugado o con los que ha tenido relación de alguna clase. Estos acontecimientos, personajes y tiempos forman una estructura en la que

urdir mil arabescos. Se requieren tiempo y atención para captar todos los matices de *Bumerán*, relacionar algunos acontecimientos con los que le siguen o preceden, interpretar el papel que juegan las escapadas a lugares exóticos o descubrir los sutiles engarces que unen la trama, condiciones, todas ellas, imprescindibles para subsanar la primera impresión que pueda producir un aparente desajuste temporal o una incoherencia en el tratamiento de los espacios o al presentarnos los personajes. Y quiero hacer hincapié sobre la calidad de es-



realidad, sueño, añoranza y fantasía se mezclan de forma difícil de desentrañar. El espacio es un calco de la vieja ciudad, llena de solera, donde nació y se ha desenvuelto su vida hasta ahora, y la calle Rey Pastor, la plaza Mirto, los bares Río de Janeiro o Yanko y la casa de Domingo Febles, donde había una fertería al principio de la calle César, antes de ensancharla y asfaltarla, son lugares similares a los de sus juegos callejeros y a aquellos donde vivió, estudió y se fue enfrentando con lo que ahora nos cuenta y formando su vocación de escritor y crítico, y a los que vuelve, con nostalgia, el hilo narrativo, como el «boomerang», después de ser lanzado mil veces y de

tos y sobre dos factores que me parecen los más destacables de la novela: el isleñismo agobiante y el ambiente social que rodea a los personajes haciendo más insostenible ese isleñismo.

El ambiente es algo tabú, estancado, con clases y profesiones que son cotos cerrados. Ambiente vacío, donde Elvira María, la niña aristocrática, es adúltera por su rutilante cacharro, y aquí ha sabido García Ramos dar fácilmente en el clavo sobre lo que socialmente representa el triciclo de esta niña. Los personajes viven «el duelo infinito» de una vida gris, sin pena ni gloria, «paseándose, hablando tranquilamente de nada, boboando tontamente», y el na-

rrador «se había sin lograr un momento de sosiego», pese a estar integrado en el medio, y donde Alfa Romeo, bares, chicas, conformidad burguesa, todo se le antoja odioso, pero le resulta imposible evadirse, desprendiéndose del viejo traje bordado de oro, y sólo le queda, como último recurso, el soñar, logrando en el segundo sueño, el más teñido de añoranza, una plena pero accidental liberación, posiblemente por ser este sueño el más irreal o el más irrealizable.

Isleñismo: «las ruedas me chirriaron al doblar Rey Pastor...». El «boomerang» ha cubierto su ciclo. El coche vuelve a pasar mil y mil veces por el mismo lugar. Entre puntos suspensivos quedan todos los intentos de evasión de lo que la isla representa de encierro. El narrador no ha encontrado un pequeño istmo liberador. Todo se cierra por el mismo lugar por el que se había abierto, círculo vicioso de inconformismo e inadaptación, con el deseo vehemente de ser lanzado, de tener, como Rosarito, los arrestos suficientes para largarse a Cuba cuando la vida familiar se le hacía insoportable, en busca de tierras y caras nuevas, pero también, en el fondo, con el de volver a pisar los suelos que antes nos quemaban, de no encontrar el istmo buscado. Continuo lanzar y recoger, soñar que es lanzado con la certeza de despertar con la satisfacción y la alegría, el desconsuelo y la amargura de que todo ha sido sólo un sueño... de que se han dejado «atrás tantas cosas no vistas». ■ F. F.

## Las asociaciones asturianas y el Día de la Cultura

Frente a la horrorosa Universidad Laboral, en la carballeira «Los Mai-

zales», entre árboles centenarios, avisos de ANA (Asociación Asturiana de Amigos de la Naturaleza), y con la asistencia de unas cinco mil personas, según calcula el diario «La Voluntad», se ha celebrado el «Día de la Cultura», que durante los tres últimos años viene organizando la Sociedad Cultural Natahoyo, en colaboración con la Gijonesa, Gesto y Pumarín, todas ellas asociaciones independientes situadas en distintos barrios de Gijón. Otras asociaciones que han estado presentes, como en otras ocasiones, desplazándose en autocares desde sus respectivas localidades, son las de Oviedo, Asociación de Amigos de Mieres, Amigos del Nalón de Sama, Grado y Avilés. La sola enunciación de estas sociedades y el hecho de su participación conjunta en un Día de la Cultura cuya institucionalización es tan ajena por sus intereses como por sus resultados a esos días consumísticos que en los últimos años han impuesto los grandes comercios y empresas, o a cualquier otro tipo de celebraciones manipuladoras, creo que puede dar idea del interés que ofrece en cuanto decisión voluntaria y colectiva de participación de la sociedad civil asturiana en la actividad cultural y en su democratización, actividad habitualmente abandonada a instituciones oficiales o a entidades interesadas con fines particulares propios, y, por ello, a menudo deformadores.

Los actos se sucedieron casi sin descanso durante toda la jornada, y han contado con un interesante invitado, el cantante portugués Xosé Afonso, que ya había cantado hace dos años en las culturales asturianas, como en esta ocasión, acompañado de otro cantante de la nueva canción ibérica, el gallego Benedicto.

El programa del día, abundantemente difundido en murales, propaganda manual y en la prensa, se inició con un pregón del abogado ▶





# SEIX BARRAL

**PABLO NERUDA**  
CONFESIO QUE HE VIVIDO  
MEMORIAS



«El poeta —ha escrito Neruda— debe ser, parcialmente, el cronista de su época». A lo largo de estas Memorias, Pablo Neruda se muestra como un auténtico cronista y testigo de nuestro tiempo. Así, va narrando con la inigualable potencia verbal que caracteriza a sus mejores escritos, no sólo los principales episodios de su vida, sino las circunstancias que rodearon la creación de sus poemas más famosos. Expone tanto su concepción del arte y de la poesía, cuanto los motivos que le llevaron a defender hasta el final de su vida sus conocidas posiciones políticas. Rememora magistralmente la figura de algunos de sus amigos (García Lorca, Alberti, Miguel Hernández, Elouard, Aragón, Ehrenburg, etc.) y su relación con personajes destacados de la política contemporánea.

## CAMBIO DE PIEL

Premio Biblioteca Breve 1967.  
De Carlos Fuentes.

## TRES NARRACIONES

De Luis Cernuda.

## LOS HIJOS DEL LIMO

De Octavio Paz.

## CANTICO

De Jorge Guillén.

## POESIA DE CREACION

De Gerardo Diego.



# Editorial ARIEL

## HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA

Dirigida por R. O. Jones. (Seis tomos.)

La «Historia de la literatura española» es una versión muy corregida, aumentada y puesta al día de la reciente *Literary History of Spain*, escrita por un grupo de distinguidos especialistas británicos y dirigida por el profesor R. O. Jones, de la Universidad de Cambridge. La obra es un imprescindible instrumento de trabajo, a la vez que se presta a una lectura seguida y siempre estimulante. Sistemáticamente se han explorado las relaciones de la producción literaria y la sociedad en la que fue escrita, y a la que iba destinada. Pero ese enfoque no ha obstado al ejercicio de una crítica estrictamente literaria, aguda, sugestiva y orientada a proporcionar una guía para la comprensión y apreciación directa de los frutos más valiosos de las letras españolas.



## LAS BRIGADAS INTERNACIONALES DE LA GUERRA DE ESPAÑA

De Andreu Castelló.

## ESTUDIOS SOBRE LA REPUBLICA Y LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

De Raymond Carr.

## LA PRIMERA DEMOCRACIA CRISTIANA EN ESPAÑA

De Oscar Alzaga.

## HISTORIA DE LA FILOSOFIA (Ocho tomos)

De Frederick Copleston.

## MITO Y PENSAMIENTO EN LA GRECIA ANTIGUA

De Jean-Pierre Vernant.

SOLICITE CATALOGOS E INFORMACION EN HERMANOS ALVAREZ QUINTERO, 2. MADRID-4. PROVENZA, 219. BARCELONA-8.

Luis Vega Escandón, presidente del Tribunal de Menores, y pudo desarrollarse con toda normalidad, aun cuando a última hora habían surgido algunas dificultades administrativas. Después de celebrarse un concurso infantil de dibujo y una comida campestre, las intervenciones fueron las siguientes: grupo «folk» La Chusma, de León; El Ruiseñor de Llangreo (canción asturiana), Benedicto (canción gallega), Masa Coral de la Asociación de Mieres, Bibiano (folklore gallego), El Tordin de Frieres (campeón de la canción asturiana), Masa Coral Cantores de Sergio Domingo, de Natahoyo; Xosé Afonso do Santos (canción portuguesa) y grupo de teatro La Caterva, que representó la obra de Ricardo Morales «Burlilla de don Berrendo, doña Caracolines y su amante».

Programa éste como corresponde a una situación de tránsito cultural, arcaísmo y modernidad, tradición autóctona y presencia de elementos más críticos universalizadores. Hay que tener en cuenta la heterogeneidad social de los asistentes, entre los que destacaba la mayor presencia de trabajadores.

Otro capítulo de interés que contribuyó al éxito de la fiesta fue la numerosa asistencia, que agotó los libros que, a base de Historia, Literatura, Ciencias Sociales, Folklore, Biografías y ensayo, fueron expuestos para su venta, gracias a la colaboración de Zyx, Cero y Júcar, libros en su mayoría de gran aceptación popular, tanto por el precio como por los temas y el estilo de las colecciones. Este éxito de venta, que hizo quedarse corto lo presentado, hace pensar a los organizadores en la posibilidad de una mayor presencia editorial, lo

que convertiría a la IV edición del Día de la Cultura en un Día del Libro simultáneamente.

Hace ahora diez años que se iniciaron las gestiones para la apertura de algunas de las sociedades presentes en la fiesta, y fue entonces cuando algunos de sus miembros fundadores me presentaron a Silverio Cañadas, «el chico de Natahoyo», que entonces se iniciaba como librero y que es el actual editor de Júcar, la «Enciclopedia Asturiana», «Historia de las Revoluciones» y «Enciclopedia Gallega», que hace unos días acaba de presentar su primer fascículo en Santiago. Muy probablemente también ha sido el mismo caldo de cultivo que hoy hace posible esta fiesta la causa motivadora que ahora hace surgir esta nueva industria cultural periférica, que si las dificultades que supone la ausencia de una infraestructura regional que acompañe la agilidad empresarial manifestada hasta hoy no lo impiden, bien pudiera convertirse —sería deseable— en un estímulo a su vez para la expresión y difusión también de la cultura regional, ya iniciadas con las Enciclopedias, aunque no sin controversias, tanto en Asturias como ahora en Galicia.

En favor de las asociaciones culturales asturianas podría abundarse hablando de su actividad como organizadoras de coloquios, conferencias, concursos, seminarios, recitales, durante el resto del año, enriqueciendo así el panorama cultural de la región, compensándolo de las deficiencias académicas de Oviedo o de la ausencia de Facultades o Colegios Universitarios en Gijón y, por supuesto, en Sama, Mieres o Avilés. No cabe duda que en las actuales circunstancias, la existencia de asociaciones independientes cons-

tituye un estímulo que, dada la actual voluntad oficial desarrollista, sería anacrónico no favorecer por cuanto suponen como aportación civil a nuestra evolución cultural y social. Y como presión democrática cuyo reto no conviene ya ignorar. Como no conviene ya ignorar el aumento asombroso de actividades culturales que en asociaciones de vecinos, parroquias, centros recreativos y culturales independientes, casas de cultura, etcétera, de los barrios de las ciudades, se viene acusando en los años setenta. Se está ignorando de hecho la creciente potencia de un nuevo interlocutor, hasta ahora ausente de la discusión cultural y sin el que ya muchas cosas que han alcanzado su techo buscan inútilmente una explicación. ¿Saben los intelectuales, artistas, universitarios, que esta explicación podrían encontrarla en esta nueva reivindicación de los trabajadores objetivada como práctica creadora propia, lejos de las instituciones culturales burguesas, progresistas o no, del centro de las grandes ciudades? Que esa cultura que ahora se inicia sea crítica, democrática, independiente, o bien sea una cultura «de masas», como gustan de llamarla quienes como tales tratan a los hombres, pone en candébero de nuevo el concepto de «cultura popular», su ambigüedad, la lucha alrededor de sus posibles determinaciones.

Podemos convertirnos en lectores del «Reader's Digest» o podemos intentar nuestra movilización como ciudadanos liberando la energía inmensa que reside en la cotidianidad, escondida bajo el rostro hasta ahora opaco del gran ignorado, y que, por otra parte, constituye una de las condiciones sociológicas



ESPECTACULOS • ARTE

de todo proceso de desarrollo real.

Para ello harán falta muchas fiestas como esta que hemos presenciado. Muchos Días de la Cultura como éste, en que no sólo artistas —que actuaron desinteresadamente—, sino todos cuantos asistimos, lo hicimos de un modo vivo y participante que culminó en la interpretación colectiva de «Grandola» cogidos del brazo en grandes filas que rodeaban el tablado donde Afonso y Benedicto cantaban. ■ F. ALMAZAN.

en 1874, en Danbury (Connecticut). No sería justo dejar pasar la ocasión de su centenario sin dedicarle unas líneas.

De la misma manera que durante mucho tiempo se ignoró a Ives aun en su propio país, en años más recientes se le ha dedicado una atención casi preferente que, aunque últimamente —y, curioso, coincidiendo con la cercanía de su centenario—, ha decaído algo, ha hecho su nombre de general conocimiento y uso corriente para legitimar cierto tipo de programas, y, con más amplitud, para legitimar también los hallazgos de los más variados experimentadores de la materia musical. Se ha descubierto en Ives un precursor nada menos que de Stravinsky, Debussy, Milhaud, Bartok, Schönberg —y, por supuesto, Berg y Webern—, Messiaen, y hasta Cage y el mismísimo Stockhausen. Precedencias justificadas por los abundantes indicios que se pueden encontrar en la obra de Ives de muchas de las innovaciones que todos esos autores han aportado a la música «con bastante posterioridad» —se suele hacer bastante hincapié en este detalle—.

En las anteriores afirmaciones se ha insistido mucho, y no hay más remedio que reseñarlas y suscribirlas con el consabido dicho de los doctores y la Santa Madre Iglesia. Ahora bien: sea porque el aficionado a cualquiera de las artes debe estar animado por la perenne inquietud de cuestionarlo todo, y especialmente aquello que se propugna como cierto; sea porque el compromiso ético de quienes ejercen la misión de opinar se reduce, a fin de cuentas, a un rizar el rizo para decir lo mismo al tiempo que todo lo contrario; sea, acaso, por especial curiosidad del que suscribe por ambientes cul-



Charles Ives.

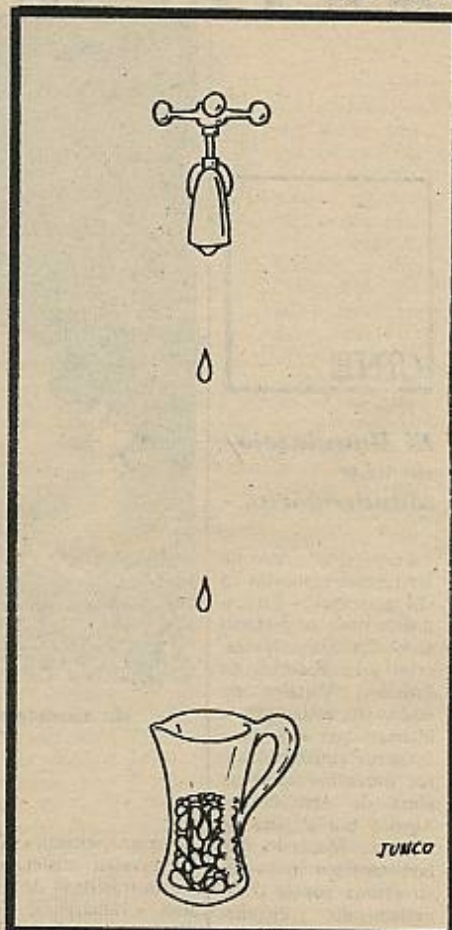
turales determinados, no hay más remedio que añadir algo más acerca de Charles Ives. Algo que sería importante de no ser porque todo lo antes citado constituye suficiente argumento de autoridad como para pensar que cualquier otra cosa que se diga no será más que una pequeña matización. Y la que aquí se va a hacer consiste nada más en el planteamiento de una hipótesis sobre cómo se incardinan todos esos hallazgos de Ives en el cuerpo de su obra, que es bastante copiosa, por otra parte.

No cabe duda de que así como los genios identifican las etapas culturales, son los pequeños detalles los que revelan la grandeza del artista, pero tampoco puede discutirse que son los valores medios de épocas y artistas los que posibilitan e incluso determinan la existencia de genios y detalles. Para dar una semblanza exhaustiva de Charles Ives —creo que en su centenario la merece— habría, pues, que describir el «tono» general transmitido por el sistema integrado por

su obra, sólo inteligible como tal si es vertebrado en sus valores medios. Valores que en Ives son los de un músico indudablemente avanzado, pero que si a algún tipo se asemeja es al de aquellos que, a fuerza de acumular recursos, materiales y planos sonoros, y de imbuir sus producciones de dimensiones épicas, metafísicas o místicas, traspasan la sublimidad y acaban por resultar... divertidos. Y no se tome esto como ofensa, por cuanto en este grupo incluyo a algunos de mis compositores favoritos, como, por ejemplo, Richard Strauss.

De esa grandilocuencia, pocas veces separable de un campo que, como el de la música de los dos últimos siglos, es poco propenso al equilibrio, participa Charles Ives; pero, y esto me parece que le define con más precisión que todos sus impresionantes hallazgos, participa de un modo genuinamente americano. Con el conjunto de su obra, Charles Ives nos quiso contar la saga musical de Nueva Inglaterra, inspirándola y decantándola por la filosofía trascendentalista de Thoreau y Ralph Waldo Emerson. Pudo hilvanar tan densa crónica sonora gracias a una serie de soluciones intuitivas insertables en el campo semántico que va desde la chapuza a la genialidad, sin que fueran una cosa ni la otra: genial fue Mozart; chapuceros hay tantos que destacar a uno sería hacerle una injusticia. Resultó que esas soluciones eran inéditas y, además, aprovechables. Y Charles Ives ha acabado por ser un precursor. Quizá porque su obra es toda suya, porque hizo de ella y con ella «lo que le dio la gana».

Olaro, que para eso hace falta una cosa: no vivir de la música. ■ JOSE RAMON RUBIO.



JUNCO



JUNCO

MUSICA

Evocación de un compositor americano

Mil novecientos setenta y cuatro es año de centenarios. A propósito del de Schönberg, defendí que este tipo de «femérides» ha de celebrarse en base a la existencia de razones que nos hagan sentir su urgencia. Pues bien: parece que las hay que han obligado a muchos a conmemorar el hecho de que ya se cumplan cien años desde que nació Charles Ives. Circunstancia que no he destacado con anterioridad por una razón muy sencilla: no llevo un censo de compositores. Lo que no quiere decir que no me ocupe de ellos: tampoco lo llevaba Oscar Wilde de sus amistades. Sin embargo, mediante la oportuna consulta al Concise Oxford Dictionary of Music, constato que, efectivamente, Charles Edward Ives nació